

JUDE  
DEVERAUX



*Amor verdadero*

PRIMER VOLUMEN DE LA TRILOGÍA NOVIAS DE NANTUCKET



# AMOR VERDADERO

*Jude Deveraux*

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y María del Mar Rodríguez Barrena

Título original: *True Love*

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: febrero 2015

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

DL B 1494-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-958-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

*Por siempre al mar*

## Prólogo

*Jared Montgomery Kingsley*

### NANTUCKET

—Viene el viernes —dijo Jared en respuesta a la pregunta de su abuelo Caleb—, así que yo me voy antes de que llegue... y creo que sería mejor que me mantuviera alejado durante toda su estancia. Le diré a alguien que la recoja en el ferry. Wes me debe una por haberle hecho los planos de su garaje, así que puede hacerlo él. —Se pasó una mano por la cara—. Si no vamos a buscarla, seguramente se meta en un callejón y nadie volverá a saber de ella. Algún personaje fantasmagórico podría secuestrarla.

—Siempre has tenido una imaginación portentosa —replicó Caleb—. Pero tal vez en este caso podrías dejar de lado la imaginación e intentar ser un poco más amable. ¿O eso está pasado de moda en tu generación?

—¿Amable? —preguntó Jared, que contuvo la rabia—. Esta mujer va a hacerse con el control de mi casa durante un año y me va a echar. De mi casa. ¿Y por qué? Porque de niña era capaz de ver un fantasma. Ya está. Me van a confiscar la casa porque, de adulta, tal vez pueda ver algo que los demás no podemos. —Su voz transmitía todo el desprecio que le provocaba la situación.

—Es un pelín más complicado que eso, y lo sabes —dijo su abuelo con calma.

—Ah, claro. No puedo olvidar sin más todos los secretos, ¿verdad? Lo primero es la madre de la niña, Victoria, que le ha ocultado a su propia hija veinte años de visitas a esta is-

la. Y, por supuesto, está el asunto del Gran Misterio Kingsley que debe ser resuelto. Es un interrogante de doscientos años que lleva atormentando a esta familia desde...

—Doscientos dos.

—¿Qué?

—Que lleva sin resolver doscientos dos años.

—Claro. —Jared suspiró y se sentó en uno de los viejos sillones en la casa que su familia poseía desde 1805—. Un misterio que nadie ha sido capaz de desentrañar desde hace doscientos dos años, pero que por alguna inexplicable razón esta forastera será capaz de resolver.

Caleb estaba de pie con las manos entrelazadas a la espalda y la vista clavada al otro lado de la ventana. Aunque apenas había empezado la temporada estival, el tráfico ya comenzaba a intensificarse. Pronto, los coches irían pegados al parachoques del coche delantero mientras circulaban por la tranquila avenida.

—Tal vez el misterio no está resuelto porque nadie lo ha investigado de verdad. Nadie ha intentado... encontrarla.

Jared cerró los ojos un instante. Después de que su tía abuela Addy muriera, habían tardado meses en desentrañar su ridículo testamento. Dicho testamento estipulaba que una chica, Alixandra Madsen, que no había pisado la casa desde que tenía cuatro años, debía vivir en ella durante un año. En ese tiempo tenía que intentar resolver el misterio familiar, si quería, claro. El testamento de la tía Addy dejaba bien claro que si no quería llevar a cabo la investigación, no tenía por qué hacerlo. En cambio, podía pasar el tiempo navegando, contemplando a las ballenas o haciendo el millar de cosas que se les ocurría a los habitantes de Nantucket para entretener a las hordas de turistas que invadían su isla cada verano.

Si ese fuera el único secreto involucrado, Jared podría haberlo soportado, pero ocultar una vida entera de personas y de sucesos era pedirle demasiado. Sabía que se volvería loco intentando evitar que esa chica descubriera que su madre, Victoria Madsen, pasaba todos los años el mes de agosto en casa de su tía Addy a fin de documentarse

para sus exitosas novelas históricas. Jared inspiró hondo. Tal vez pudiera cambiar de táctica.

—No sé por qué una forastera ha recibido este trabajo. Es imposible lanzar un arpón sin darle a alguien cuya familia lleve aquí siglos. Si se le hubiera encargado a alguna de esas personas el trabajo, esa chica no tendría que venir. Los investigadores podrían resolver el misterio y los secretos que Victoria insiste en guardar estarían a salvo.

La mirada que le echó su abuelo lo silenció. No era nada nuevo, nada que no se hubiera dicho antes.

—Ya has dejado clara tu postura —dijo Jared—. Un año, nada más, y luego esta chica se va y todo vuelve a la normalidad. Yo recuperaré mi casa y mi vida.

—Salvo que tal vez para entonces sabremos lo que le pasó a Valentina —repuso Caleb en voz baja.

A Jared le molestaba muchísimo estar furioso mientras que el viejo permanecía tan tranquilo. Sin embargo, sabía cómo equilibrar la balanza.

—Bueno, repíteme por qué la querida tía Addy no buscó a tu estimadísima Valentina.

El apuesto rostro de su abuelo adoptó una expresión tormentosa. Como en el mar. Irguió los hombros todavía más y sacó pecho.

—¡Por cobardía! —gritó, con la voz estentórea que había atemorizado a tripulaciones enteras. Sin embargo, Jared lo llevaba escuchando toda la vida y ni se inmutaba—. ¡Por pura cobardía! Adelaide tenía miedo de lo que podía suceder si descubría la verdad.

—Lo que quiere decir que temía que su adorado fantasma desapareciera y la dejara sola en esta enorme casa —aventuró Jared con una mueca—. Además, la gente creía que era una solterona que había heredado dinero de Jabones Kingsley. El dinero del jabón había desaparecido hacía mucho tiempo, pero la tía Addy, Victoria y tú os las apañasteis para mantener esta casa, ¿verdad? El hecho de que para ello tuvierais que airear los trapos sucios de nuestros ancestros solo parece molestarme a mí.

Su abuelo volvió a mirar por la ventana.

—Eres peor que tu padre. No tienes respeto por tus mayores. Además, debes saber que yo aconsejé a Adelaide con su testamento.

—Por supuesto que sí —replicó Jared—. Y todo se hizo sin consultarme.

—Sabíamos que te negarías, así que ¿para qué preguntar?

Como Jared no respondía, su abuelo se volvió para mirarlo.

—¿Por qué sonríes?

—Tienes la esperanza de que esta chica se enamore de la historia romántica del fantasma Kingsley, ¿verdad? Ese es el plan.

—¡Claro que no! Sabe de eso de la red... ¿Cómo se llama exactamente?

—¿A mí qué me dices? No me habéis consultado en nada.

—La red... Esa cosa donde se busca información.

—Para que lo sepas, yo también sé usar la red, internet, y puedo asegurarte que la Valentina Montgomery que buscas no está allí.

—Todo sucedió hace mucho tiempo.

Jared se levantó del sillón y se colocó junto a su abuelo para mirar por la ventana a los turistas que ya comenzaban a llegar. Eran tan distintos de los lugareños como los delfines de las ballenas. Sin embargo, resultaba entretenido ver a las turistas cruzar los adoquines con sus zapatos de tacón.

—¿Cómo va a encontrar esta chica lo que nosotros no podemos? —preguntó Jared con voz sosegada.

—No lo sé. Pero tengo un pálpito.

Jared sabía por experiencia que su abuelo estaba mintiendo o que se estaba reservando información. Había mucho más detrás del motivo por el que Alix Madsen iba a tomar posesión de Kingsley House durante un año, pero Caleb no se lo iba a contar. Y Jared sabía que jamás se enteraría de toda la historia hasta que su abuelo estuviera dispuesto a contarla.

Sin embargo, no se iba a rendir. Todavía no.

—Hay cosas sobre ella que desconoces.

—En ese caso, tienes que contármelo todo.

—La semana pasada hablé con su padre, y me dijo que su hija está atravesando una mala racha ahora mismo.

—¿Por qué lo dice?

—Estaba comprometida para casarse o algo así, pero rompieron hace poco.

—Si es así, disfrutará de su estancia —dijo su abuelo—. A su madre siempre le ha encantado la isla.

—¿Hablamos de la misma madre que ella no sabe que ha estado aquí todos los años? —A Jared le costaba controlar su enfado. Agitó una mano—. Da igual. Esta chica cortó con su novio o su prometido o lo que sea... que no sé lo que era. Ya sabes lo que eso significa, ¿no? Se pasará el día llorando a moco tendido y atiborrándose de chocolate, y después verá...

—Un fantasma.

—Sí —convino Jared—. Un fantasma guapo que nunca envejece y que es muy comprensivo, muy cortés y muy simpático, y se enamorará de él.

—¿Tú crees?

—No es para tomárselo a broma —replicó Jared—. Se convertirá en otra mujer de otra generación que entrega su vida real por una vida vacía.

Su abuelo frunció el ceño.

—Adelaide nunca quiso casarse y su vida distó mucho de estar vacía.

—Si consideras que las reuniones semanales para tomar el té eran satisfactorias, pues no, su vida no estaba vacía en absoluto.

Caleb miró a su nieto con el rostro desfigurado por la furia.

—Vale —dijo Jared al tiempo que levantaba las manos—. Me equivoco con la tía Addy. Sabes que la quería mucho. Toda la isla la quería y hoy no sería ni la mitad de lo que es sin el duro trabajo de mi querida tía. —Inspiró hondo—. Es que esta chica es distinta. No es de la familia. No está acostumbrada a los fantasmas, a los misterios familia-

res ni a las leyendas de doscientos años. Ni siquiera está habituada a viejas mansiones destartadas ni a islas en las que puedes comprar una chaqueta de mil dólares pero ninguna tienda vende ropa interior de algodón.

—Ya se acostumbrará. —Su abuelo lo miró con una sonrisa—. ¿Por qué no le enseñas tú?

Jared puso cara de miedo.

—Sabes lo que es y lo que querría de mí. Sabes que se está preparando para ser... para ser...

—¡Suéltalo, muchacho! —gritó su abuelo—. ¿Para qué se está preparando?

—Para ser arquitecta.

Su abuelo lo sabía, pero no comprendía la desazón que a Jared le provocaba el tema.

—¿Acaso no es lo que tú eres?

—Sí —contestó él—. Eso es precisamente lo que soy. Pero yo tengo un estudio de arquitectura. Tengo... soy...

—Ah —musitó Caleb—. Entiendo. Tú eres el capitán y ella es un grumete. Querrá aprender de ti.

—Igual no lo sabes, pero ahora mismo estamos atravesando una recesión. El mercado inmobiliario se ha hundido. Una de las profesiones más afectadas es la de arquitecto. Nadie contrata. Eso hace que los recién licenciados estén desesperados y se vuelvan agresivos. Son como tiburones que se alimentan los unos de los otros.

—Pues conviértela en tu becaria —le soltó su abuelo—. Al fin y al cabo, les debes tu vida a sus padres.

—Sí, se la debo, y es otra de las razones por las que no me puedo quedar. ¿Cómo ocultarle todos estos secretos? ¿Cómo ocultarle a su propia hija lo que hacía Victoria mientras estaba en la isla? —preguntó Jared, con un deje frustrado en la voz—. ¿Comprendes la situación en la que me ha puesto el ridículo testamento de mi tía? No solo se supone que tengo que guardar los secretos de las personas a las que les debo la vida, sino que mi estudio arquitectónico está en Nueva York y esta chica es estudiante de Arquitectura. ¡Es una situación imposible!

Caleb pasó por alto la primera parte del sermón.

—¿Por qué te molestan sus estudios?

Jared hizo una mueca.

—Querrá que le enseñe, que vea sus planos, que los analice y los critique. Querrá saberlo todo de mis contactos, de mis... querrá saberlo todo de mí.

—A mí me parece estupendo.

—¡No lo es! —exclamó Jared—. No quiero ser el cebo que echan de carnaza. Y me gusta hacer cosas, no enseñarlas.

—¿Y qué gloriosos planes piensas hacer mientras ella está aquí? —le preguntó con retintín—. ¿Están relacionados con las mujeres ligeras de cascos con las que paseas por ahí?

Jared suspiró, exasperado.

—Solo porque las mujeres de hoy en día se pongan menos ropa no quiere decir que tengan menos principios. Ya lo hemos discutido cientos de veces.

—¿Te refieres a la de anoche? ¿Dónde estaban los principios de esa? ¿Dónde la conociste?

Jared puso los ojos en blanco.

—En Captain Jonas. —Era un bar cerca del embarcadero, que no tenía precisamente fama de decoroso.

—No quiero saber qué barco capitaneó el susodicho. Pero ¿quiénes son los padres de la muchacha? ¿Dónde se crió? ¿Cómo se llama?

—No tengo la menor idea —dijo Jared—. Betty o Becky, no me acuerdo bien. Se fue en el ferry esta mañana, pero lo mismo vuelve más adelante.

—Tienes treinta y seis años, no estás casado y no tienes hijos. ¿El apellido Kingsley va a morir contigo?

Jared fue incapaz de contenerse.

—Mejor eso que tener que lidiar con una estudiante de Arquitectura.

Aunque Jared era más alto, su abuelo consiguió lanzarle una mirada intimidatoria.

—No creo que debas preocuparte por la posibilidad de que se sienta atraída hacia ti. Si tu santa madre viviera, ni siquiera ella te reconocería ahora mismo.

Jared se quedó donde estaba y se pasó una mano por la barba. Su abuelo le había dicho que ese sería el último año de vida de la tía Addy, de modo que había organizado el trabajo de su estudio de arquitectura para pasar los últimos meses con ella en la isla. Se había mudado a la casa de invitados y había pasado todo el tiempo posible con la tía Addy, que era una mujer comprensiva. Siempre le había advertido cuándo iba a celebrar una reunión para tomar el té, de modo que pudiera irse en su barco. Jamás lo criticó por llevarse a casa a cierto tipo de mujeres. Y, sobre todo, fingió desconocer por completo el motivo por el que Jared estaba allí.

Durante las últimas semanas que pasaron juntos, habían compartido muchas cosas. La tía Addy le había contado anécdotas de su vida, y mientras pasaban los días, comenzó a hablar de Caleb. Al principio, le explicó quién era.

—Es tu quinto bisabuelo —dijo ella.

—¿Tengo cinco? —bromeó él.

La tía Addy hablaba en serio.

—No, Caleb es el tatarabuelo de tu bisabuelo.

—¿Y sigue vivo? —preguntó Jared, que se hizo el tonto mientras le llenaba el vaso de ron. Todas las mujeres Kingsley aguantaban muy bien el ron. «Es por la sangre marinera que llevan dentro», le había explicado Caleb.

Jared se percataba de que su tía perdía fuelle con el paso de los días.

—Se está acercando a mí —le dijo su abuelo a Jared, y Caleb comenzó a pasar todas las noches con ella. Habían vivido juntos muchos años—. Más que ninguna otra —dijo Caleb, y vio lágrimas en esos ojos que nunca envejecían. Caleb Kingsley tenía treinta y tres años cuando murió, y durante doscientos años había conservado su aspecto.

Sin embargo, pese a todo lo que Jared había compartido con su tía, nunca había intentado siquiera contarle que podía ver, hablar y discutir con su abuelo. Todos los varones Kingsley habían podido hacerlo, pero nunca se lo contaron a las mujeres de sus vidas.

—Deja que crean que Caleb les pertenece —le dijo su padre a Jared cuando era pequeño—. Además, el ego de un hombre quedaría destrozado si se supiera que pasa las noches con un muerto. Es mejor que las mujeres se preocupen por la posibilidad de que tengas una aventura.

Jared no terminaba de ver clara esa filosofía, pero se había mantenido fiel al código de silencio. Los siete Jared Montgomery Kingsley podían ver el fantasma de Caleb, y la mayoría de las hijas y algunos de sus descendientes también. Jared creía que Caleb podía decidir quién lo veía y quién no, pero el viejo nunca se lo había confirmado.

Decir que resultaba raro que esa muchacha, esa tal Alix Madsen, pudiera ver al fantasma Kingsley se quedaba muy corto.

Su abuelo Caleb lo miraba con el ceño fruncido.

—Tienes que ir a un barbero y que te quite la barba, y llevas el pelo demasiado largo.

Jared se volvió para mirarse en un espejo. Caleb había escogido ese espejo en China durante aquella última y desastrosa travesía. Jared se dio cuenta de que tenía muy mal aspecto. Desde la muerte de su tía abuela, apenas había salido de su barco. Llevaba meses sin afeitarse ni cortarse el pelo. Tenía canas en la barba y mechones canosos en el pelo, que a esas alturas le llegaba por debajo de la nuca.

—No tiene nada que ver con mi aspecto neoyorquino, ¿verdad? —comentó Jared con expresión pensativa. Si durante el año siguiente no podía mantenerse lejos de su adorada isla, sería bueno que no pudieran reconocerlo.

—No me gusta lo que estás pensando —dijo Caleb.

Jared se volvió hacia su abuelo con una sonrisa.

—Creía que estarías orgulloso de mí. A diferencia de ti, no intento conseguir que una chica inocente se enamore de mí. —Ese era otro comentario que sin duda le borraría la sonrisa a su abuelo.

La explosión fue inmediata.

—Nunca he hecho que una mujer...

—Lo sé, lo sé —dijo Jared, que se apiadó del guapo fantasma—. Tus motivaciones son puras y decentes. Estás es-